

HIJOS

Existen un número elevadísimo de frases hechas, frases tipo, sobre los hijos. Frases que ya están instauradas en la sociedad como... si fueran sus hijos.

"Los hijos son la sal de la vida". La sal de la vida. Antiguamente, en la era pre-neveras – sí, no se asombren, las neveras no existieron siempre – la sal era una materia prima básica, con la que se podían conservar los alimentos, por eso era tan necesaria, tanto que incluso se pagaba con ella, de ahí el nombre de salario a la paga que se percibía.

Hoy día se ha sustituido la sal por la nevera para conservar los alimentos. Y funciona bien, los conserva. Lo que no hace es protegerlos, para eso hace falta un buen candado que proteja los alimentos del ansia desesperada de los hijos adolescentes.

Así que no, no sé porqué son la sal de la vida... excepto que se tome por la otra propiedad de la sal; la de que cuando la echas en una herida pica como si te fuera la vida en ello... y te va, pero todavía no lo sabes. Sí, sí, ya sé; son la sal de la vida porque son la alegría de la vida.

La alegría de la vida. ¿Qué entenderá esta gente por "la alegría de la vida"? ¿Qué se multipliquen los gastos por cuatro? Uno pensaría que al ser uno más en la familia, los gastos aumentarían de forma alícuota; de dos se pasa a tres, lo suyo es que los gastos aumenten un 33,33% período puro. Pues no, misterios de la naturaleza, ese ser minúsculo que acaba de irrumpir en tu vida, y que ya se ha adueñado de tu casa, es capaz, él solito, de aumentar el gasto en más del doble de lo que gastáis tú y tu pareja juntos.

A eso añádase, las horas de insomnio porque tiene gases, porque le toca la toma, porque le ha subido la fiebre inesperadamente, porque le han salido los dientes y está rabioso (esto es literal, rabioso que hasta producen litros de saliva), porque no quiere comer, porque le ha dado reacción la vacuna, porque se ha caído y tiene un chichón en la frente del tamaño de una pelota de golf (ese deporte que has tenido que dejar de practicar, porque tu pequeño demanda toda tu atención). La alegría de la vida...

Hay una que es especialmente hiriente. Cuando por leyes genéticas (la culpa la tiene Mendel por estar jugando con guisantes), el hijo que tienes no se parece a ninguno de sus padres, sino al tío-abuelo que murió en la guerra de Cuba (es lo que se podría denominar un hijo recesivo), y llega esa señora que apenas conoces de nada y, nada

más asomarse al cochecito exclama: “*¡es igualito a su padre!*”. Da ganas de decirle “Ciento, y yo lo quiero como si fuera mío”.

Otra frase digna de estudio es “*Los niños vienen con un pan debajo del brazo*”. (Excepto los que nacen en Galicia, esos vienen con un paraguas debajo del brazo, o deberían, en Galicia es más importante un paraguas que un pan). Sí, sí, se refiere a la suerte que traen. La suerte; la de quedarte sin vida privada y perder toda tu independencia porque se ha adueñado, no solo del espacio, sino de los tiempos, que ya no rigen según tu criterio o el de tu pareja, sino del criterio del recién llegado; la de realizar una complicada logística cada vez que quieras salir de viaje, que incluye una serie de maletas, bolsas, neceserios y artilugios varios, en un número que, una vez más duplica, el de la pareja (algo que se aplica, también, a la basura que, misteriosamente, ha pasado a ser más del doble de la que generas con tu pareja).

Y todo esto sin entrar en el tema educativo, tema que acaba siendo la primera gran discusión con tu pareja, algo que no había logrado ni el cambio de cortinas de vuestra habitación, ni la redecoración de la salita, ni el cambio total de la cocina.

Así que ni alegría ni suerte, los hijos son, más bien, una condena, la máxima en este país, ya que, en el mejor de los casos, los tienes que aguantar hasta los treinta, que es cuando logras echarlos de casa.